

Quebrantamiento II

Cuando comenzamos la escuela de la oración bajo la guía del Espíritu Santo, la primera materia que cursamos fue: “Quebrantamiento”, y la siguiente: “Quebrantamiento II”.

El quebrantamiento es definido por un estado de rendición y apertura de corazón. Isaías 6:1: *“... vi al Señor sentado en un trono muy alto. Los bordes de su manto llenaban el templo”*, PDT. Tras la visión de la santidad de Dios aparece la respuesta del profeta. Isaías 6:5: *“Entonces yo exclamé: ¡Pobre de mí! Ya me doy por muerto porque mis labios son impuros, vivo en medio de un pueblo de labios impuros y, sin embargo, he visto al Rey, al Señor Todopoderoso”*, PDT.

Si el alma busca verdaderamente a Dios recibe revelación de su pecado y esterilidad, lo cual viene seguido de un quebrantamiento de corazón que vigoriza más la búsqueda para experimentar el perdón auténtico y la liberación que otorga paz de un modo indescriptible e imposible de conocer de otro modo.

Labrar el barbecho significa llevar el corazón a un estado de humildad y dependencia. Isaías 57:15 dice: *“Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados”*, VRV.

¿Por qué es importante la humildad?

Porque el orgullo fue el pecado que inicialmente irrumpió en el universo a través de Satanás y se manifestó como rebelión y autosuficiencia (Isaías 14:12-14 y Ezequiel 28:12-17). También fue por medio de la tentación al orgullo que Satanás sedujo a Eva en Génesis 3:6. Y su veneno mortal encuentra expresión en la justificación de nuestros actos delante de Dios y delante de los hombres.

Cuando el orgullo personal es herido aparece el enojo, la amargura y el deseo de venganza. No dudaremos en difamar o hablar mal de aquellos que “nos ofendieron”; incluso puede aparecer la hipocresía (mostrar algo diferente con la intención de manipular), el engaño y otros frutos amargos.

El orgullo es el más grande enemigo del avivamiento; a su vez, el mal más difícil de diagnosticar y tratar. ¿Y dónde reside? En el corazón de los seres humanos. Solo Dios puede conocerlo verdaderamente. A veces está entretejido con cosas que parecen buenas y se muestran como “celo santo” o “preocupación por la obra”, pero en realidad es orgullo herido, deseo de reconocimiento, anhelo de vindicación, etc.

“Examíname, oh Dios, y sondea mi corazón; ponme a prueba y sondea mis pensamientos. Fíjate si voy por mal camino, y guíame por el camino eterno”, Salmo 139:23-24, BAD.

Muchas aflicciones en nuestra vida, ya sean espirituales, mentales o físicas, pueden ser manifestaciones de la poderosa mano de Dios llevándonos a un proceso de humillación.

Deuteronomio 8:2 dice: *“Recuerda el camino por el que el Señor tu Dios te guió durante todos estos cuarenta años en el desierto, para enseñarte a ser humilde, ponerte a prueba y saber lo que tú pensabas, para saber si ibas a obedecer sus mandamientos o no”*, PDT.

En la versión CJ (Corona de Jerusalén) se lee: *“Acuérdate de todo el camino que Adonai tu Dios te ha hecho andar durante estos cuarenta años en el desierto para humillarte, probarte y conocer lo que había en tu corazón: si ibas o no a guardar sus mandamientos”*.

Las experiencias difíciles solo servirán para cumplir el propósito divino si optamos por una actitud humilde. Las mismas circunstancias que suavizan a una persona endurecen a otra. Así como el sol derrite la manteca, endurece al barro.

¿Estamos resistiendo el trato de Dios? ¿Nos quejamos por todo? ¿Pensamos en proteger nuestro orgullo herido? Santiago 4:6: *“... Dios rechaza a los orgullosos (resiste a los soberbios), pero ayuda con su generoso amor a los humildes”*, PDT.

La soberbia resulta ser la madre de muchos pecados. Cuando ella nace, el diablo viene para atizar el fuego de las pasiones más extremas y malignas. Solo la sumisión completa y la oración humilde permiten que se exprese la ayuda del Espíritu Santo para resistir a estos pecados entrelazados en lo más íntimo.

El primer paso indispensable para el avivamiento es quitarnos los harapos del orgullo y revestirnos de humildad. Si optamos por el orgullo es mejor que renunciemos al avivamiento.

2° Crónicas 7:14: *“Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra”*, VRV.

Cuando el rey Josías se humilló a sí mismo, el Señor lo bendijo con un avivamiento. Cuando el pueblo de Dios se humilla en arrepentimiento, Dios lo exalta con un avivamiento.

“Yo amo a los que me aman, y me dejo encontrar por todos los que me buscan”, Proverbios 8:17 (TLA). *“Y yo le pediré a Dios el Padre que les envíe al Espíritu Santo, para que siempre... esté con ustedes... (Él) está con ustedes, y siempre estará en medio de ustedes”*, Juan 14:16-17 (TLA).

“Cristo habitará en el corazón de ustedes a medida que confíen en él. Echarán raíces profundas en el amor de Dios, y ellas los mantendrán fuertes”, Efesios 3:17 (NTV). *“Acérquense a Dios, y Dios se acercará a ustedes...”*, Santiago 4:8 (NTV). *“... Ustedes... pertenecen a Dios. Ya lograron la victoria... porque el Espíritu que vive en ustedes es más poderoso que el espíritu que vive en el mundo”*, 1ª Juan 4:4 (NTV). *“Cuando ustedes me busquen, me encontrarán, siempre y cuando me busquen de todo corazón”*, Jeremías 29:13 (TLA).

Las promesas de Dios son abundantes y seguras. ¡Busquemos al Señor y dejemos que nos conduzca por un camino de descubrimiento y avivamiento!